

SOBRE LA EDUCACION

(Concluye)

IV

El hombre

Después de haber contemplado al hombre en el conjunto general que, bajo el nombre de sociedad humana, sirve de objeto al que persigue la filosofía de la historia en los complejos acontecimientos de las naciones; vista la lucha que ha venido librando el pensamiento en pos de un ideal que corresponda a sus anhelos y satisfaga las distintas necesidades de su complicada organización, toca ahora detenernos ante el hombre considerado como individuo, y escudriñar más de cerca su naturaleza, las inclinaciones que lo llevan a obrar, el fin que en su formación ha de proponerse el educador para hacer de él un miembro consciente en el común esfuerzo de la humanidad por alcanzar la meta de sus destinos.

Sér tan elevado como el hombre ha debido ocupar seriamente la atención de los que se dan a investigaciones filosóficas; y después de estudiado el mundo exterior en sus orígenes, constitución y fin, vuelve el observador la vista sobre sí mismo, y a favor del punto de comparación que le da lo material, advierte las múltiples semejanzas de su organización física con la de los vivientes que lo rodean, para luego lanzarse a descubrir las diferencias que lo elevan por cima de aquéllos, y valiéndose de la inducción que va de los efectos a las causas, sorprender a través de la simplicidad, universalidad y demás caracteres de la idea, un principio simple inmortal, inteligente y libre, que anima la parte inferior de su sér. Y aquí viene el raciocinio en apoyo de la fe, porque espíritu dotado de notas superiores a las de la materia tiene que haber sido creado para un fin

más noble, para un estado supernatural, para un reino que le está preparado desde el principio del mundo.

Animal racional, dicen los filósofos, es el hombre. Definición breve y completa, acomodada a las reglas precisas de la lógica; esencial por contener género próximo y diferencia específica. Merced a las condiciones anexas al primero, goza el hombre de las propiedades de la animalidad, no se olvide que de manera más perfecta, debido a la mayor categoría de su forma sustancial. Como el animal, tiene el hombre un cuerpo, provisto de cinco sentidos externos, de un sistema nervioso, propio para transmitirle el modo de ser de los objetos que lo cercan, y un órgano acabado, la fantasía, para comunicar a sus semejantes, por medio de la palabra, los pensamientos, afectos y emociones que aquéllos le despiertan; con un aparato digestivo que le ha permitido aprovechar en su nutrición los más variados productos de los reinos vegetal y animal, desde los exuberantes que esconde en sus comarcas vírgenes la zona tórrida, hasta los escasísimos de los suelos polares.

Fuerte para resistir todos los climas, ligero esbozo de la ubicuidad de su Autor, encuentra la facilidad excepcional de extender su dominio por todos los ámbitos del globo. Modelado por las mismas manos del Creador ostenta un conjunto proporcional y simétrico más bello que el de los demás vivientes, y lleva, en fin, el alto destino de servir de instrumento a un alma racional. Si se halla condenado a perecer por corrupción, en cambio está ennoblecido para afectar forma de gloria.

Puédese por aquí, rastrear cuál deba ser la solicitud educadora en el desarrollo y perfección del cuerpo humano. Vulgarizado se halla el lema: "Mens sana in corpore sano," que dijo el filósofo de Córdoba, y hoy en los pueblos de origen sajón, como antaño en los días de Homero, se atiende con esmerado empeño a vigorizar por el gimnasio los miembros del cuerpo, previniendo con la fatiga moderada de colegio y con el ejercicio prudente y armónico de

la calistécnica, ulteriores desarreglos en las funciones del organismo. De singular importancia es este ramo de la educación, porque fortaleciendo los músculos, el sistema nervioso queda menos propenso a las vulgares flaquezas de la carne, y los órganos materiales prestan mejor su oficio en el desempeño de las funciones del entendimiento y la voluntad.

En nuestra Colombia quizá anduvo un tanto descuidada esta materia, mas ya comienza a dársele especial importancia, cambiando así la penosa disciplina de largas horas de tarea y trocando las frívolas recreaciones por ejercicios de fuerza y destreza con que se aleja el hastío de los colegios y se cosechan brazos que sirvan para mantener a raya a invasores contra quienes se gastó en vano el arma del derecho. Cuando el aseo, fuente principal de salud, penetre en la escuela, y junto con los ejercicios al aire libre, pinte de lozanos colores el semblante del niño y del joven, podremos asegurar que muchos males morales se han recautado en esferas más bajas y que la ignorancia tendrá menos poder sobre las inteligencias juveniles.

Dejando a un lado las diferentes teorías que acerca de la naturaleza de los cuerpos han inventado los filósofos, y ciñéndonos solamente a la escolástica, tenemos que hay dos elementos en los seres materiales: uno inerte, sujeto a mil transformaciones, que se acepta bajo la denominación de *materia*; espiritual el otro, principio de la vida, origen de la admirable variedad del universo, poderoso para determinar la esencia de los seres y de las especies, y que el Estagirita llamó *entelechia*, es decir, forma sustancial, merced al cual el átomo de polvo puede ascender en la escala de la vida hasta mudarse en célula sustentadora del animal después de haberse mostrado en la semilla fecunda, o en el sazonado fruto de la planta, para luégo tornar en prodigiosa evolución al limo que le sirvió de cuna.

Si hemos concedido ser el hombre animal racional, sin duda alguna vendremos en concluir que la forma sustan-

cial de éste ofrezca, además de las propiedades generales que a los brutos corresponden, otras más excelentes, pues a la racionalidad deben estar adjuntas la perfección en el orden de la substancialidad, si bien no en el de la especie, la simplicidad, si no en los actos al menos en la esencia, y de consiguiente la inmortalidad, por carecer de partes corruptibles, añadiéndose por sobre todas estas dotes la conciencia, mediante la cual, pudiendo conocer su fin y apetecerlo libremente, se constituya en sér moral, dueño absoluto de sus actos, capaz de méritos, y como corolario, digno de premios y castigos conformes a su naturaleza.

El alma humana tiene poder para ejecutar actos aun separada del cuerpo, y esto, aunque no se deja ver patente en el estado actual en que necesita el auxilio de los sentidos, se colige de los efectos de tales actos, como son la comprensión abstraída de lo que tiene materia, v. gr., del punto matemático, y el amor puro por el que, horrando las líneas del contorno terreno, nos abrazamos a algo impalpable, universal, eterno, en fin, a la belleza infinita.

Por donde, haciendo la distinción que realmente se da en las facultades del alma, encontramos en ella tres potencias: la memoria intelectiva, que nos evoca comprensiones y voliciones pasadas; el entendimiento, que nos pone en disposición de sorprender la idea divina vaciada en el molde de los objetos materiales, y la voluntad, por cuyo impulso elegimos entre los muchos bienes relativos, como en preparación para unirnos al que es la suma de todo bien.

Hemos analizado someramente en el artículo anterior al hombre, a quien los tratadistas de Didáctica señalan con el especial nombre de *sujeto de la educación*. Vistas sus excelencias, huelga encarecer el empeño que haya de ponerse en el desarrollo armónico y progresivo de sus facultades físicas, intelectuales y morales, en orden a un fin último, que es en lo que consiste la educación. Faltándonos espacio suficiente para explicar como se merece la parte relativa a métodos y planes educativos, nos contentaremos

con resumir en breve aparte los medios generales con que el educador cuenta para desenvolver lo que en el hombre ha puesto la naturaleza en potencia de ulterior perfección. Y para fijar el sentido en que tomamos el vocablo *educación*, ya que ha quedado un tanto desfigurada su significación genuina por el uso, consultaremos la etimología en donde las voces de la lengua conservan su natural fuerza de expresión.

Educar viene de dos vocablos latinos: la partícula *e* (*ek*, en griego), que denota extracción, lugar de donde procede, o bien se saca alguna cosa, y de *ducere*, conducir, llevar. De suerte que bajo el nombre de educación entendemos el acto de conducir, de llevar, de un sujeto que no es otro que el hombre, al exterior, es decir, a la sociedad, lo que en aquél es propiedad, virtud embrionaria; o de otra manera, educar es hacer pasar de la potencia al acto las fuerzas latentes que en cada individuo ha puesto Dios.

Hacemos caso omiso de la manera como en el lenguaje vulgar se entiende el término educación, pues para muchos ella no implica sino el convencional formulismo de frases y ceremonias que saben halagar la vanidad ajena, y así es bien educado el joven que saluda con desparpajo, aun cuando al paso del Santísimo que va a despedir para la eternidad a un moribundo, prosiga su camino indiferente haciendo ostentaciones de impiedad. Quién alaba como un colmo de educación el gracejo envenenado o la punzante sátira, tan sólo porque la vacuidad de ciertas reuniones sociales ha puesto de moda aquel resorte de animaciones y entusiasmos. Y no falta quien en el buen corte de un frac vea el distintivo de una brillante educación.

Pero tales futelezas vienen a ser nada si se las compara con esotros juicios más errados, de ver en cada inteligencia henchida de conocimientos el ápice de la educación, aun cuando el corazón hierva en perversos planes, en la irreligiosidad más absurda o en la más inmoral de las conductas.

La completa educación no desatiende ninguna facultad del hombre, ella le prepara antes de su entrada al mundo ambiente digno en el seno de una institución, la más sagrada en el orden natural, precisamente por el sobrenatural origen que la informa, pone al lado del niño la prudencia de un hombre que ya deja de pertenecerse a sí mismo para ganarle a fuerza de probidad una existencia feliz, en cuanto es dable; trae para formarle el corazón, las ternuras de una mujer, el sentimiento de una madre y la santidad de una alma cristiana. A la vez que pone sobre su frente el signo que le recuerda cómo cada hombre nace para el dolor, lo unge como a rey a fin de que jamás olvide su alta dignidad, ni sus destinos; luégo, cuando el albor de la razón baña de resplandores esa frente, le enseña a inclinarse ante Dios y a erguirla con altivez ante los que pretenden, so capa de amistad o de favor, conducirlo a acciones menos rectas.

Hoy tal vez se pretenda resucitar aquel sistema de educación, creado por el músico ginebrino, con su copia de máximas que van encaminadas a despojar al padre de su soberana autoridad sobre la educación del hijo, poniendo de ayo al Estado, que a duras penas entiende en sus cuestiones financieras y políticas. ¡Engañosa utopía! Querer instituciones políticas sólidas, después de haber enseñado en la cartilla laica a ver en la masa informe y revoltosa de un pueblo la fuente suprema de toda autoridad.

Sentidos externos

El axioma aristotélico: "Nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu," fija el orden que debe seguir la educación. Si el objeto impresiona primeramente el sentido, háse de atender primero al desarrollo de los órganos sensorios, teniendo en cuenta su fisiología especial y lo que es objeto de sus percepciones; así, por ejemplo, adiestraremos

mos el ojo en la distinción precisa de los colores y formas de los cuerpos, en la apreciación de las distancias; el oído en la apreciación de los sonidos, apelando, para corregir los defectos de conformación, a ejercicios moderados y frecuentes de cada órgano.

El entendimiento

El fin primordial en la educación del entendimiento no ha de ser otro que enseñar al hombre a *pensar bien*, esto es, a conocer la verdad, a darse cuenta de los caminos por donde se consigue el conocimiento real de las cosas como en sí son, para no exagerar los juicios, ni volver estéril por la sola especulación la guía que se nos ha dado para vivir una vida práctica, acomodada a las varias circunstancias, ya de prosperidad, ya de infortunio, que son anexas a toda existencia en el planeta. Si la educación consiguiera este buen sentido del niño, habría hecho lo bastante, porque quien aprendió a vivir bien, sabrá morir dispuesto para lograr el cielo.

Es tal la importancia de este asunto, sobre todo para los países de origen latino, que bien merece hagamos algunas observaciones más.

Con la mudanza de costumbres, que de resultas de nuestra independencia nos ha modernizado a la ligera, no sólo las clases sociales han tratado de confundirse, saliéndose de sus respectivas esferas por efecto de la socorrida ambición democrática, sino que ya la edad del individuo no es valla para alcanzar medros en los múltiples círculos en que se agita la sociedad.

Situación semejante tiene los inconvenientes de desorientar las inteligencias, de malear los criterios, y de gastar inútilmente las energías en profesiones para cuyo desempeño nos faltan aptitudes, añadiéndose, por otra parte, la fatua creencia de poder aspirar a todos los honores, de juzgarnos



hábiles para disertar sobre las materias más ajenas a nuestros estudios y a nuestra vocación, y, por último, lo más triste, de vender la relativa felicidad de una modesta posición por un plato de lisonjeros agasajos.

Así no puede haber educación posible, ni moral, ni intelectual, ni religiosa. La inconsciencia que nace de un estado dislocado en que la inclinación ha perdido el sendero propio, nunca formará generaciones de sabios, ni caracteres nacionales generosos. Y es en el hogar donde debe comenzarse la reforma, enseñando los padres a los hijos a vivir conforme a sus recursos, a no fantasear el porvenir, más bien a prevenirlo con el ahorro, no sólo pecuniario, sino más especialmente de experiencia y virtud, y, punto decisivo, a escoger la carrera y el estado que mejor cuadre con sus disposiciones naturales.

Práctica indispensable es la juiciosa separación de edades en trabajos y diversiones, porque no hay peor desgracia para un carácter que despertar a emociones y anhelos que en lugar de fortificar su voluntad por el estímulo, se la van debilitando por el pesar del bien ajeno.

Sin sentido práctico, todo lo demás viene a hacerse inútil en la educación, porque si ésta tiende a perfeccionar las costumbres del individuo, siendo tan vario el modo de pensar de los hombres, sólo cuando se tienen ideas precisas sobre las cosas, podremos amar nuestros conceptos, y obrar según ellos, lo que da los grandes caracteres.

Tan de bulto empieza a mostrarse esta necesidad en los actuales días, que los jóvenes, queriendo llegar a ser *hombres prácticos*, prefieren la explotación de labores que les reporten dinero, porque desgraciadamente, ante los apremios de la lucha cotidiana, no ven más salvación que en el becerro de oro. Con nociones semejantes, ya no radicadas en tal o cual sujeto, sino injertadas en la masa social, las profesiones nobles vendránse muy a menos, pues salvo unos pocos que, siguiendo su vocación, las abrazan con entusiasmo y con amor, los demás sólo hallarán en ellas medios de

especulación, recursos menos malos para atender a la subsistencia y para ganar títulos con qué halagar las amistades que se pagan más del oropel que de las cualidades íntimas del corazón.

Por más que trate de dificultarse la coronación de una carrera profesional, con pesados estudios, con rigurosos exámenes, parécenos de eficacia mayor para remediar los males apuntados, el estímulo con que se rodean las artes y oficios, la mecánica, la agricultura, el comercio, v. gr., puesto que si en aquellas profesiones también se adquiere honor y se sirve a la patria y se gana para el sostenimiento de la vida, allá acudirán, cuando de ella se convenzan muchos, a satisfacer su innata inclinación.

V

Medios educativos

Entre los medios con que se cuenta para la instrucción ocupa en tiempo e importancia primer lugar el estudio de las cosas. Ninguna descripción, por acertada, por viva, hace tanto como la contemplación del propio objeto. Cuando éste no puede ponerse a la vista hay que apelar a cuadros representativos, los cuales, aunque den una idea fiel de la cosa, empero no pueden atraer de igual manera la curiosidad, y por tanto jamás lo grabarán con la misma intensidad y firmeza como la imagen directa que el entendimiento puede formar puesto en presencia del objeto. ¡Cuánto más aprende el pastor que en las noches sigue el perpetuo curso de los astros que el estudiante en la semioscuridad de un gabinete ante las cartas astronómicas!

De aquí la utilidad de los viajes, medio tan apetecido por los sabios antiguos para ponerse en íntimo contacto con los variados accidentes topográficos del mundo, con los lugares que fueron testigos de los grandes acontecimientos de la historia, con los fenómenos de la naturaleza.

¡ Triste privilegio de las invenciones humanas ! Descubre el hombre el modo de difundir por la imprenta las verdades aprendidas en el laboratorio de la naturaleza, y ahoga entre libros el natural instinto de saber, con el peso de una enseñanza las más de las veces inútil por demasía de especulación ; recopila en breves páginas la suma de conocimientos que han dejado los siglos, y petrifica las más bellas teorías, los más trascendentales hechos, en una superficial ilustración.

No se crea, con todo, que el libro carezca de utilidad en la enseñanza. Su buen empleo desde el aula nos acostumbra a recurrir a él en nuestras dudas, a extraer de cada palabra una idea que nos agrande el campo de observación y nos presente dispuesta la semilla que hemos de hacer crecer con la propia savia de nuestro raciocinio.

Desde cuando comienza la curiosidad en el niño debe procurarse que las nociones que vaya formando de los objetos sea clara, lo más precisa posible. Avanzando de esta manera, poniéndole delante de los ojos un objeto cuyo conocimiento se acomode con las capacidades cada día más desarrolladas, a más del efecto natural por el ejercicio prudente, pronto estará en disposición de darse cuenta de las relaciones de semejanza que ligan las diversas especies de seres para después percibir las diferencias que llevan a la distinción genérica y específica de los entes.

Este linaje de enseñanza aprovecha la inclinación natural que todo hombre tiene a conocer las cosas que están al alcance de sus sentidos, y despertando el talento de observación, induce al niño a darse idea cabal de los hechos humanos y a recoger en cada momento lecciones prácticas que le vayan formando la experiencia.

“ El perfecto conocimiento de las cosas en el orden científico forma los verdaderos sabios ; en el orden práctico, para el arreglo de la conducta en los asuntos de la vida, forma los prudentes ; en el manejo de los negocios del estado forma los grandes políticos, y en todas las profesiones

es cada cual más o menos aventajado, a proporción del mayor o menor conocimiento de los objetos que trata o maneja,” ha dicho el ilustre catalán que escribió *El Criterio*.

El comercio de la vida no se hace con signos convencionales, vacíos de sentido, y el dón peculiar de la palabra, no concedido sino al racional, está indicando el orden que ha de seguirse en la enseñanza. La palabra es el signo representador de la idea, y no pudiéndose dar idea en el entendimiento si antes los sentidos no han presentado a la mente el objeto, lógico es concluir que primero debemos familiarizarnos con las cosas, apreciar sus caracteres distintivos, medir su utilidad y descubrir su objeto, para luego pasar a aprender la expresión verbal que la nombre, que la determine y que la defina en cierto modo, ya sea en su esencia, ya en alguna de sus notas o propiedades.

En efecto, la curiosidad del niño no va a las palabras sino a las cosas que el sentido le muestra, y si es lo cierto que la necesidad de comunicación lo impele a aplicarles denominaciones caprichosas, nunca podría satisfacerse con saber de memoria el nombre de un objeto distante sin dar señales de impaciencia por saber de qué se le habla.

Graduado el aprendizaje de este modo, la plaga del verbalismo se destruye y se evitan las estériles discusiones y los quijotescos planes, vicio que tanto favorece a los fatuos y menoscaba la honradez del habla.

Las consideraciones precedentes se refieren más al sentido de la vista que a otro cualquiera, por ser el órgano de la visión el que, gracias a sus cualidades rayanas en lo espiritual, nos trae en las vibraciones de la luz las imágenes de cuantos seres se agitan en el espacio.

En cuanto al sentido del oído, él nos dará pie para introducirnos en el análisis del segundo medio de enseñanza, de la enseñanza oral.

Al lado del instinto que llamamos curiosidad muestra el hombre el no menos maravilloso de la sociabilidad, conjunto con la conocida necesidad de la expansión, o mejor,

rama principal de este último. Las emociones nacidas ante la contemplación de las bellezas naturales, brotan en el espíritu, inquietas, incorpóreas, pugnando por llegar a nueva forma bajo los ropajes del lenguaje. Es entonces cuando la fantasía se contrae a elaborar el elemento material que, proferido por los órganos donde se articula el sonido, ha de revelar nuestras ideas y afectos a los demás hombres.

Y si tan sorprendente desarrollo se basa por una parte en el objeto contemplado, y en el entendimiento por la otra, para generar el término que a la vez que envuelve la idea abarca las propiedades de la cosa, es claro que nada puede darnos a conocer mejor un sér cualquiera distante de nosotros como la palabra, ya sea proferida de viva voz o estampada en caracteres gráficos.

Para un sinnúmero de aprendizajes no hay otro medio posible que el lenguaje. Los acontecimientos de la humanidad no se realizan sino en determinada época, para darlos a conocer a los que no estuvieron presentes a ellos sólo se ofrecen la escritura o la tradición, el libro o la relación oral.

La enseñanza oral utiliza una crecida copia de ventajas de que los demás medios de instrucción carecen. En primer lugar contribuye a sostener el interés de los discípulos merced a la agradable variedad que resulta de la comparación del objeto o asunto estudiado, con otros que por serle semejantes u opuestos concurren a aclararlo. Ahora, como de suponer es que quien enseña ha de abrigar íntima convicción en lo que trata de transmitir a sus oyentes, las palabras de que se sirva irán impregnadas de cierta vida que les presta la imaginación, y por esto se grabarán más fácilmente, mientras por simpatías se pondrán en acción las facultades del alumno y entonces se añadirá al esfuerzo del maestro, la indispensable labor de los que aprenden.

Por otra parte, como sea la atención condición necesaria, sin la cual las ideas apenas flotarán breve instante en el espíritu para después evaporarse, eficazísimo recurso

viene a encontrarse en el gesto con que se acompaña la palabra, para atraer la fantasía y el entendimiento tras las miradas del que escucha.

Tanto valor tendrá la enseñanza oral, que el Verbo divino, que se había revelado en las antiguas escrituras, al trocarse en maestro personal del mundo, apeló a la predicación para ilustrar las mentes y conmover los corazones.

Otro instinto hay en el hombre, el de imitación. Por él las artes han poblado de obras inmortales las ciudades y los desiertos; a su impulso brotaron los primeros grabados de las prehistóricas edades, y el signo gráfico, nacido del jeroglífico, que a su vez tomaba origen en la figura humana, aprisionó la idea y le dió cuerpo. De entonces acá, ya fuera en inscripciones tumularias, ora en tablas de cera, más tarde en el *papirus*, y luégo en los libros modernos, el hombre se ha afanado por hacer perdurar sus pensamientos, sus doctrinas, su modo de sentir. A esta invención debemos la conservación de sublimes producciones del pensamiento, en lo antiguo.

La falta de libros en un tiempo, mantuvo la enseñanza circunscrita al estudio directo de las cosas y a lecciones orales. Aparece Gutenberg, y el pensamiento encerrado en la palabra escrita recorre profusamente todos los países, comunica entre sí a todas las gentes e invade los recintos todos de los hombres. Cuando el ingenio crea, su obra es conocida en breve, empieza el entusiasmo por aprender a leer en los nuevos signos y viene el libro a encontrarse en las escuelas. Comienzan las clases en que el maestro señala unas cuantas hojas de lección, sin explicaciones previas; el discípulo acude a la memoria para retener lo que ve en las páginas de su texto, descuidando la meditación sobre la materia que intenta dominar. Gana, pues, terreno el memorismo, y se descuida el desarrollo del entendimiento.

Viene la aversión del niño por los libros, ya no puede pensar sino en las dificultades que éstos le ofrecen a cada

paso, y si venciendo llega a vencer los escollos, entonces sólo se habrá hecho de él un hombre de teorías.

Recurso incomparable es el libro, cuando una explicación clara ha puesto al educando en posesión de la cosa o verdad estudiada, de esta manera tendrá en las páginas impresas un repetidor de lo que oyó en la cátedra, de lo que vio en el gabinete, o en el campo, y hallando así facilidad para retener sus percepciones, amará de veras al que con razón se ha apellidado *el mejor amigo*.

Otra dificultad presenta el libro, cuando de él se hace mal uso, no siendo dable en los principios de la educación conocer el sentido de todas las dicciones, el niño las aprenderá como sonido que nada quiere decir, y ya sabemos que la letra mata y el espíritu vivifica. Para obviar esta dificultad pondráse especial esmero en las clases de gramática, en enseñar el manejo del diccionario, y acostumar al joven a no dar paso a vocablo alguno cuya significación no comprenda.

En virtud de este medio los catálogos ortográficos, al mismo tiempo que sirvan para enseñar el buen empleo de las letras en la escritura, ofrecerán la ventaja de dar pretexto para aprender la significación de gran número de palabras del idioma.

Si en el colegio hemos aprendido a consultar los libros, ellos serán fuente inextinguible de conocimiento y de recreo en todas las circunstancias de la vida.

No siempre ha de estar el niño bajo la tutela de un ayo o sometido a la dirección de un pedagogo. Al colegio se va a disponer las facultades para las luchas posteriores, y como sea propio de todo viviente, y en especial del racional, portarse de conformidad con los hábitos que se ha formado, preciso es atender al propio trabajo del educando en todas las asignaturas, para que de por sí atine con la verdad, descubra la razón de las cosas y halle las relaciones de los seres. Semejante esfuerzo en quien aprende fortifica las potencias, estimula el amor propio con el éxi-

to y despierta más el interés con la variedad de conceptos que se origina por la asociación de ideas, al dar con una de ellas.

Para esto son buenas las tareas que han de prepararse fuera de la clase, los que llamamos desafíos, la distribución de temas sobre la materia entre los estudiantes, y sobre todo las objeciones oportunas del maestro, que bien puestas hacen al principio vacilar al alumno, pero que luego le dejan mayor convicción en lo que sabe. Conviene también que el profesor, interrumpiendo la explicación a trechos, interroge a alguno con el fin de cerciorarse si su explicación va siendo bien comprendida.

Tocamos ya con el último de los medios para dirigir la educación intelectual del hombre: la enseñanza.

Si no es factible dar lo que no se tiene de antemano, cuando nos llega el turno de participar a los demás algunas doctrinas o verdades, necesitamos doble esfuerzo: el del que examina las cosas para conocerlas más hondamente, y el del que prepara lo que debe decir para poner patente el objeto o principio que intenta dar a conocer.

La honradez profesional pide que se revise detenidamente, antes de presentarse en la clase el punto que va a ser objeto de enseñanza; en seguida que se ordene una explicación clara y precisa, acomodada en cuanto cabe a las diversas capacidades de los discípulos, y que envuelva oportunamente las objeciones que, según su cálculo, puedan hacersele y las resuelva sencilla y categóricamente. Para llegar a este terreno, es menester un conocimiento más o menos profundo de la cosa, conocimiento desprendido de la meditación concienzuda que sobre ella se haga, y a la inversa, para alcanzar este conocimiento, nada más favorable hay que el esfuerzo didáctico que exige la enseñanza.

Aplicación de este medio educativo pudiera ser lo que en lenguaje de aula llamamos *tomar la lección*; con todo, si el recitado del trozo señalado se hace de memoria, entonces vaya si el tal método es apenas algo más que la sim-

ple reproducción fonográfica. Pero si a semejante sistema acompaña una forma de diálogo entre el maestro y el discípulo acerca del asunto, o todavía mejor, si se le hace exponer con sus propias palabras la opinión personal sobre lo que se estudia, tendrás del alumno que, cavilando por definir los contornos de la cosa, y esforzándose por hallar las expresiones que mejor traduzcan sus pensamientos, consiga no sólo quedar en posesión completa del objeto, sino ilustrar la materia en favor de los compañeros de clase, que de experiencia es como en algunos casos, cuando la explicación brillante del profesor no bastó a esclarecernos una tesis, la sencilla exposición de un camarada llenó la deficiencia.

Ardua es la labor de quien se consagra a la educación de la juventud y la niñez; responsabilidades incomparables trae consigo la paternidad de la sangre o del espíritu. Si a nuestra vocación especial juntamos el estudio y la constante observación, formaremos generaciones de verdaderos *hombres*, firmes en el carácter; en la instrucción profundos; intachables en la moral, y en la religión, amantes hijos de Dios y de la Iglesia. De este modo, todo sacrificio pagado quedará con creces, y salvada toda responsabilidad ante la historia y ante el Supremo Maestro de las gentes.

LUIS ENRIQUE FORERO



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico